

Entrevista con Peter Weiss

Ernesto González Bermejo

Dicen que es quisquilloso, un poco maricato, bastante difícil, que vive zambullido en sus pasiones, el teatro y la literatura, pero lo que yo veo ahora es un hombre amable, huesudo, de pelo corto, con unos lentes inofensivos, que abandona su larga humanidad sobre un banco de la cocina de su casa de Estocolmo, sonríe y da de comer, con dedicación inospechable, pequeños trocitos de carne a Nadja, su hija de dos años, que tiene sentada en las rodillas. Muy lejos del cliché de «monstruo de la literatura».

Tiene cerca de sesenta años, pero uno no se atreve a decir que es viejo. Cuando creta, de golpe la sonrisa, toma una expresión dura y concentrada, comunica solidez, la impresión de que no es un hombre acostumbrado a hacer concesiones. Sospecho que nadie que lo conozca y conozca su trabajo puede decir que las haya hecho.

Se come en una mesa de madera noble y vieja, con galletas y remaches, unas memorables papas al horno que preparó Guinilla, la mujer de Peter Weiss, junto a la decoración casual de artísticas cafeteras escandinavas y un cuidadoso desorden de verduras, carnes, quesos y botellas de vino.

Después vienen las diapositivas. Francisco Urz, que acompañó a Weiss en su reciente viaje a Es-

paña, va contando lo que estamos viendo: imágenes de Albacete, de Valencia, de Barcelona. No creo que esta noche haya entrevista, no estoy seguro de que vaya a haberla alguna vez. Herr Peter ha dicho hace poco en España que «respetó el trabajo de los periodistas, pero que detesta la publicidad». Muy lindas las diapositivas.

Parece que fue una falsa alarma, por lo menos hay otra cita. Para llegar a su cuarto de trabajo hay que ir al lugar más bello de Estocolmo. Me encuentro con Marina Torres, la mujer de Urz, que Weiss sugirió como la única interprete posible. Recorremos las calles de cuatro siglos, pasamos junto a cuevas donde se comen pescados misteriosos, a ceremoniosos bodegones de lures discretas, carminamos Vasterlångatan, entre minúsculas tiendas de artesanía, de carnisas hindúes, de cafeterías elegantes, subimos cuatro pisos, todavía una escalera azul y estamos ante su mesa de trabajo: de madera simple, con una silla recubierta de piel de oveja, en una raiocanada de paredes irregulares, es una buhardilla blanca, abierta a los viejos techos de Gamla Stan, y las cúpulas y todo el cielo que haya que ver. Peter Weiss está distendido, hospitalario y ahora parece dispuesto a concederme el tiempo que le pida. Pero yo pienso que es mejor no perderlo.

1 Aquellos años de la infancia alemana lo marcaban para toda la vida; había nacido muy cerca de Berlín, en 1916. Sentía crecer una fuerza opresiva en torno suyo, pero sólo tenía un cuerpo para recibir los golpes y un instinto que le decía, momentáneamente, que no tenía por que aceptarlos.

—Viví el fascismo de niño. En la escuela, por ejemplo, el fascismo se iba implantando, se iba estructurando poco a poco. Entonces yo no saqué conse-

cuencias políticas de todo esto, lo viví, simplemente, lo padecí. A los cinco años pude sentir ya la presencia de esos grupos de gentes fuertes que se formaban para destruir a los débiles, para destruir a todos aquellos que no aceptaban el esquema que ellos que iban implantar. Sentí crecer la opresión junto a mí.

—¿Cuáles eran esos poderes opresores?

—Primero los superiores inmediatos que podía tener: como mis padres, los profesores, las autoridades, frente al adolescente, al joven que era yo. Des-

pués reconocí la opresión en un gobierno con una determinada política, es cuando voy adquiriendo una conciencia política e identifico al fascismo y al imperialismo. Es a través de una actitud psicológica personal, pasando por un proceso de concienciación como llegué a una postura socialista, de lucha frente al fascismo.

—Después vendrá la emigración.

—Sí, y a esta sensación de impotencia, de debilidad frente a esos poderes exteriores se añadirá la sensación de no pertenecer a ninguna parte, de no

escribir.

Tenemos varios documentos muy valiosos para conocer algunos detalles muy importantes de la vida de Peter Weiss, contados por él mismo. Principalmente sus declaraciones a dos periodistas españoles: Ramón Ferrando y Ernesto González Bermejo¹, que lo entrevistaron, el primero en Albacete y el segundo en Suecia, en el mismo año de su visita a España. Por estas declaraciones nos enteramos de sus primeras obsesiones, la lucha contra los poderes opresores que aborrecía:

"Quizás antes de tener conciencia política mi sentido humano ya me inclinaba a defender al débil. Era entonces los tiempos del colegio."² "Viví

el fascismo de niño. En la escuela, por ejemplo, el fascismo se iba implantando, se iba estructurando poco a poco. Entonces yo no saqué consecuencias políticas de todo esto; lo viví, simplemente; lo padecí. A los cinco años pude sentir ya la presencia de esos grupos de gentes fuertes que se formaban para destruir a los débiles, para destruir a todos aquellos que no aceptaban el esquema que ellos querían implantar. Sentí crecer la opresión junto a mí. Primero los superiores inmediatos que podía tener, como mis padres, los profesores, las autoridades, frente al adolescente, al joven que era yo. Después reconozco la opresión en un gobierno con una determinada política: es cuando voy adquiriendo una conciencia política e identifico al fascismo y al imperialismo. Es a través de una actitud psicológica personal, pasando por un proceso de concienciación como llegaré a una postura socialista, de lucha frente al fascismo. Después vendrá la emigración y a esta sensación de impotencia, de debilidad frente a esos poderes exteriores se añadirá la sensación de no pertenecer a ninguna parte, de no

¹ FERRANDO, Ramón: "Peter Weiss, por primera vez en España", en *La Verdad*, edición de Albacete, 31 de marzo de 1974; y GONZÁLEZ BERMEJO, Ernesto: "Entrevista con Peter Weiss", en *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 135, diciembre 1974, pp. 47-50.

² FERRANDO, Ramón: *op. cit.*